

# CIOLOGIATEATROPOLITICABIIOGRAFIA

...y cuando Alfonso Reyes  
llegó al cielo...

Y cuando llegó a la presencia de Dios, parece que iba a decir: "Hijo mío, como has perdido entre los papeles de imprenta, y has estado ausente, te nombro archivero del cielo y a prometo que ninguno de los que has dejado en la tierra se perderá". Y eso es el premio para Alfonso Reyes. Algún día vamos todos a conocer su "opera celestrial" como conviene darle tiempo para serrecorrido. Mientras tanto vamos conociendo, minuciosamente, su "opera terrenal".

La edición emprendida por el Fondo de Cultura ha llegado a su XIV volumen (\*) (88 páginas promedio) sin que nada indique que así podría su fin, y de pronto surgen algunos títulos como la *Oración del 9 de febrero* (\*\*) que acaba de adelantarse. Era "Escritor como el Tostado" se dijo hasta Martínez y Pelayo y Fidal; un signo de la independencia cultural americana sería llegar a decir: "Escritor como Alfonso Reyes", título alemán es siempre, a pesar del tiempo que nos dejó de muchas de sus enfielques y métodos, letra delicada, esbaldaría amena, los más bellísimas las páginas dispersas en las más publicaciones en que Reyes colaboró, muchísimas las anotaciones de su propio personal, que van siendo recogidas y editadas. De ahí que los devotas reyesianismos (¿se podrá decir?) se van en el caro trance de la matricando los tomos sueltas de sus respectivas bibliotecas por estos impecables volúmenes que significan obras conocidas en sí mismas ya recogidas por el autor, con algunas y añadidas extras de su edición y ampliaciones, a veces de actualización, sobre los temas que examina.

El tomo XIV intenta, en vano, recoger el material que le asignara el propio Reyes en el plan de sus *Obras completas*, alcanzando en él 10 páginas sólo para incluir *La experiencia literaria*. Tres partes de *exégesis literaria* con todos sus "paralipomenos", dejándose para su tomo XV el *Estadío*. En su prólogo, Ernesto Mejía Sánchez ablica el momento de la creación de las obras, —situable a comienzos del 40 aunque recogiendo material de la década anterior—, desentratando el proceso de creación —bastante parecido al de un insecto pero increíblemente— de estos li-



bro, y, cumpliendo con la voluntad del autor, agrega al final "*Lo salvable de teoría y Ciencia de la Literatura*" que viene a constituir la cuarta parte del volumen. Aunque Reyes ha disertado largo sobre los problemas de la crítica, es aquí donde puede encontrarse el más claro y sucinto examen de esas cuestiones así como la determinación del ángulo propio que consideraba válido para enfrentar la creación. Limitémosnos a señalar la importancia de los materiales, y a dejar para ocasión más cómoda que una reseña la discusión que reclamamos, aunque ya pueda anotarse la curiosa vaguedad de las definiciones, la conciencia culposa con que valora la crítica impresionista, y la indefinición de los métodos.

Sabemos que Alfonso Reyes llevó puntualmente, desde 1924, un *Diario personal*, cuya publicación ha de ocupar una buena cantidad de volúmenes; sabemos que su epistolario debe ser de los más nutridos y variados, ya que una de sus "cortésias" consistía en agradecer todos, absolutamente todos los libros que recibía, aunque al final, agustado por las sacas postales que se acumulaban en su biblioteca, había optado por la tarjeta impresa. A esa altura ya elogiaba con gentileza cualquier cosa que recibía (¿qué poeta americano, por malo que sea, no puede fastidarse

de una "cortésia" de Alfonso Reyes?). Tendría sin embargo le quedó tiempo para escribir numerosas estudios que no llegó a publicar, y para confeccionar en el papel preocupaciones más personales, casi como exámenes de conciencia.

A este último carácter pertenece la *Oración del 9 de febrero*, un texto que velozmente escribió en Buenos Aires, en 1930, terminándolo el día en que su padre había de cumplir sus ochenta años. Es un texto inusual en la obra de Alfonso Reyes, y a la vez altamente revelador de las raíces humanas y sociales de este gran mexicano. Porque la amplitud universal de los temas estudiados por Reyes, su acercamiento en las letras españolas, la irradiación poética de sus últimos años, parecían haberlo desajustado de su tierra propia y de su historia personal en esa tierra. Esta *Oración* está hecha a la memoria de su padre, al general Bernardo Reyes, muerto injustamente el 9 de febrero de 1913, al oponerse dentro de la gran tormenta de la revolución, en un gesto condensado de antemano, al "ascenso popular a nuevas formas de vida" como destaca el preciso prologuista de esta edición, Gastón García Cantú.

En 1930 Alfonso Reyes es un hombre hecho, que ha avanzado un largo camino en su monumental obra; al ponerle desde lejos a evocar con honda verdad filial a su padre, al intentar comprenderlo desde adentro sin que ello signifique obligarle a aceptar su errónea apuesta, está desentrañando su propia elección ante el fenómeno social de la cultura. "*¿Qué morí ya y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que siga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día*" escribe Alfonso Reyes después de haber recordado y entendido a su padre en la mejor, en esa filialidad y romántica fe en la constatación de la poesía y la acción, en el Poeta como Guerrero, y en éste como Poeta.

El crítico Reyes ha ocurrido al poeta Reyes, pero leyendo estas páginas breves, llenas de vivacidad emotiva, por las que velozmente pasa una figura perfilada con certeros rasgos y un drama tan eterno como peculiar de nuestro tiempo, se redescubre al escritor de raza que fue el gran mexicano. Bien haya Dios, y los editores mexicanos, al asegurarnos la publicación de sus más secretos papeles.

A. R.  
(\*) Alfonso Reyes: Obras completas. XIV. México, Fondo de Cultura, 1962. 411 pp.

(\*\*) Alfonso Reyes: Oración del 9 de febrero. México, Era, 1963.